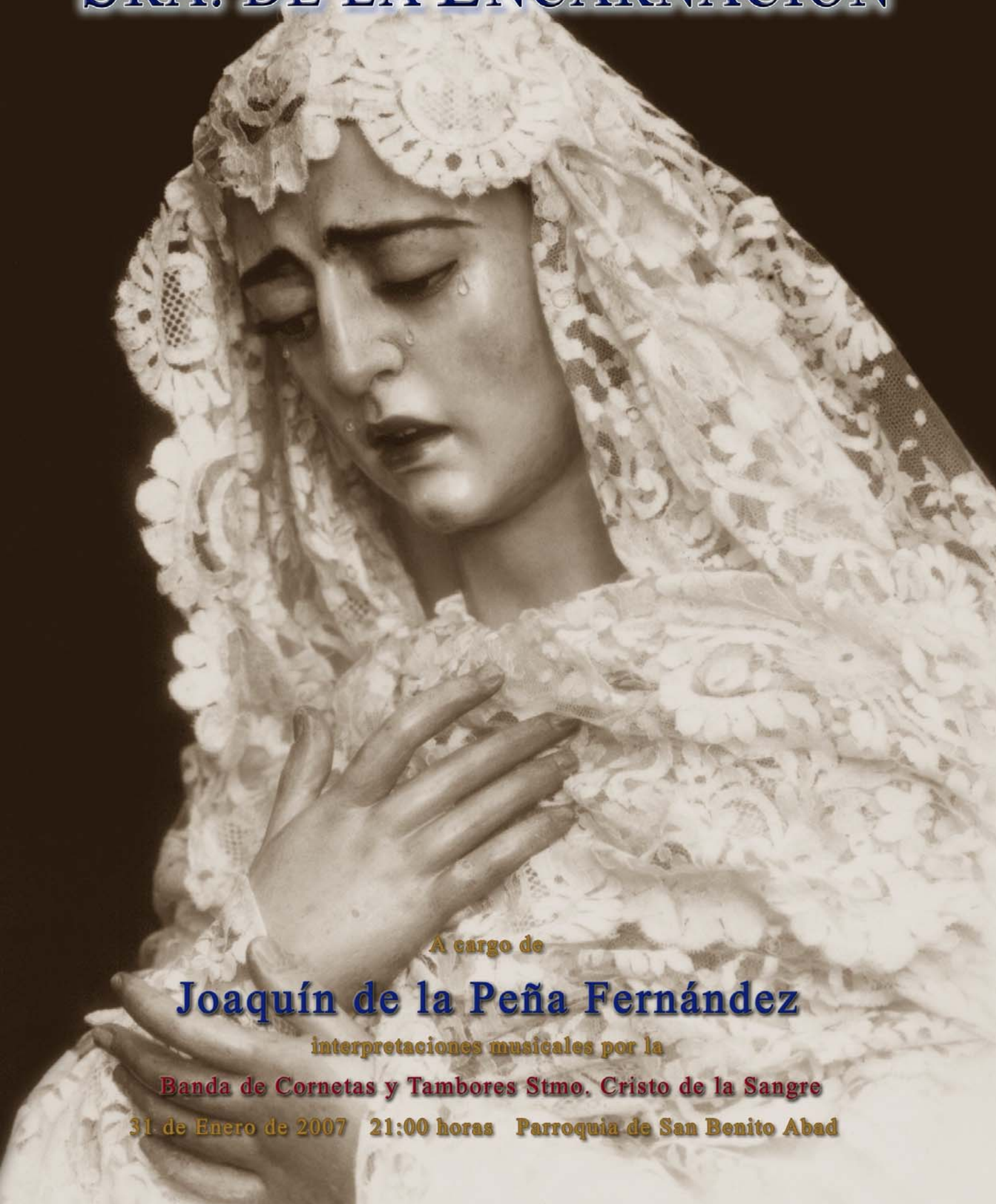


EXALTACIÓN A NUESTRA SRA. DE LA ENCARNACIÓN



A cargo de

Joaquín de la Peña Fernández

interpretaciones musicales por la

Banda de Cornetas y Tambores Stmo. Cristo de la Sangre

31 de Enero de 2007 21:00 horas Parroquia de San Benito Abad



EXALTACIÓN
A
NTRA. SRA. DE LA ENCARNACION

JOAQUIN DE LA PEÑA FERNANDEZ

31 de enero de 2007



INDICE

1.- Cuando en Triana nació la alegría	3
2.- Cuando se paró el Universo	5
3.- Cuando la palabra cambió la Historia	9
4.- Cuando el Espíritu se asomó al mundo	12
5.- Cuando encontramos la casa común	16
6.- Cuando Dios sale al balcón del mundo	18
7.- Cuando los ojos de la Virgen se abran.	23



1.- Cuando en Triana nació la alegría

Aquella tarde un nerviosismo especial recorría las largas calles de Triana. El humo de los hornos de cocción de la loza, que tanta fama había dado al barrio, dejó de subir temprano hacia el horizonte del Aljarafe que se adivinaba tras los tejados de las casas bajas y sencillas.

En el muelle se arracimaban los galeones de la flota que acababa de regresar de América. Inmensos cajones con mercancías se agolpaban frente a los carros. Toneles, estachas, sacos y un olor penetrante a cárdamo y cinamomo permanecían a lo largo de la rivera, envolviendo la superficie de las aguas de una niebla exótica, mientras las jarcias se elevaban hacia el cielo formando un bosque impenetrable de lianas y ramas, guardacabos y flechastes.

En aquel taller pequeño, escondido, donde el suelo se oculta bajo una alfombra de serrín, virutas y cuñas de madera, un volumen misterioso se esconde a la curiosidad de las miradas. Tapado con una recia lona de sarga, separado de aquel ejército de brazos y torsos desbastados, permanece alumbrado por candiles de aceite que parpadean impacientes.

Justo enfrente (sentado, encogido, pensativo) un hombre no puede apartar su mirada de aquel bulto irregular. Los últimos meses ha ido creciendo a golpe de lezna y gubia, de lija y, sobre todo de cariño, de mucho cariño. Hubo momentos de rebeldía, de no saber si aquellos párpados, si la mejilla, respondían de verdad a la idea que se había llegado a hacer de la Madre de Dios.

Está esperando a aquel grupo de hombres que le han encargado la imagen, fue hace mucho, sólo le pidieron que pensara en lo que tuvo que ser para María la presencia del ángel, el saberse la elegida; que plasmara en sus ojos el peso de la responsabilidad, en sus labios la angustia del momento, en su cara la alegría, sí la alegría del anuncio.

Gira la puerta de cuarterones, el ruido y la claridad de la calle entran junto a una oleada de aire fresco, saludos, frases de cortesía y miradas de soslayo y curiosidad a lo que se imagina tras la tela.

Después de eternos segundos el escultor levanta la sarga y una fina seda morada deja entrever algunos perfiles; la suave tela cae por fin resbalando



entre las manos de aquella mujer del pueblo que, ahora sí, ha aparecido hermosa, radiante, esplendente. Un silencio sepulcral se adueña de la pequeña estancia; son segundos, minutos, los que cuantos se enfrentan a la escultura permanecen callados, absortos, anonadados.

De pronto, unos labios comienzan a tartamudear casi para sí mismos... Dios te Salve, Reina y Madre. Inseguros, como si apenas pudieran recordar la oración mil veces repetida, los demás se incorporan a aquel coro de gentes humildes cuyo esfuerzo después de tantos meses ven ahora recompensado.

Algunas lágrimas se vierten regando el árido solar que ha visto nacer a la Virgen, sí nacer a la Virgen. Porque así fue cómo nació Ella, así fue cómo Triana quedó prendada de la belleza, así fue cómo Triana se contagió de la alegría. Así fue cómo Triana fue la real cuna, la madre primera de la Reina de la Calzada.

Y desde entonces el brillo de sus ojos quedó como un barniz en el alma del barrio, y desde entonces, la alegría de su rostro permaneció como el santo y la seña de sus calles, y desde entonces, la delicadeza de sus finos dedos fue la marca que nunca la abandonaría.

Azul de cielo y blanco de paloma reflejado en las aguas del río, inundando el alma de una Triana burdeos en el ocaso sereno de sus tardes. Por eso puente y puente, torre y torre, calle ancha y calzada se han repetido en su vida, por eso cuando el aire fresco de la primavera acaricia la tersura de su cara, cuando sonidos metálicos la envuelven, cuando las capas blancas siembran como algodones los milenarios arcos del agua, también revive en la Calzada un trozo del alma de Triana.



2.- Cuando se paró el Universo

La mañana era clara. El cielo, de un azul intenso, dulcificaba con un brillo de claridad la serenidad de aquella aldea perdida en los confines del mundo, apenas un racimo de habitaciones y cuevas en una hondonada que daba paso a la llanura de Esdrelón. Se diría que todo era azul; las suaves colinas que rodeaban el poblado, las paredes de adobe de las casas, las altas palmeras, el rostro moreno de aquella niña...

La mañana era clara y el sol agostaba las últimas gotas de rocío que, como peces en las redes de los pescadores, trataban de esconderse resbalando por las hojas recias de los sicomoros y los cardos.

Las frases de la Shajarit, la plegaria matinal del pueblo judío, acababan de disolverse en el mismo aire azul dejando las escasas y estrechas calles en un silencio perturbador que hacía presagiar el inicio de un día más; un día normal, un monótono y rutinario día de trasiego de cántaros hasta el pozo, de hogazas de pan en el horno, de oraciones y enseñanzas.

Y sin embargo, a partir de ese día, nada fue igual.

Ella se encontraba allí sola, en la fuente que aún hoy se llama Ain Sitti Mariam (la fuente de María), quizá rezando, como acostumbran los buenos judíos, quizá simplemente realizando las labores propias de una mujer en aquella sociedad machista marcada por el peso de la Torá.

Sus pequeños pies se deslizaban por la tierra apelmazada, brillante a fuerza del roce diario que dejaban las alpargatas de cáñamo seco; sus manos, fuertes y hermosas aferraban con seguridad el cántaro de arcilla negra con reflejos azules.

Ella se encontraba allí, envuelta en un halo de alegría, segura de que el futuro le depararía una vida sosegada, un matrimonio ya pactado con aquel carpintero del que sabía que era un buen hombre y le permitiría, como lo habían hecho ya su padre y su madre, seguir leyendo las Escrituras.

Aún quedaba tiempo, pero soñaba con el día en que las amigas la recogerían en su casa para llevarla bajo el baldaquino blanco en el que sellaría su compromiso con José. Luego vendrían días de felicidad con los hijos, ver crecer a los nietos alrededor de la lumbre, contar historias



seculares del pueblo elegido. De cómo Moisés abrió en dos las aguas y los sacó de Egipto, hierbas amargas en la boca. Historias de rabinos y profetas, de poetas y reyes, de temor a Dios y confianza en el destino.

Y, sin embargo, a partir de ese día, nada sucedió como pensaba.

Nadie sabe cómo pasó en realidad; si el Espíritu del Todopoderoso sobrevoló aquella fuente rodeada de jazmines y naranjos derramando una suave y delicada niebla sobre aquella muchacha o si por el contrario un rompimiento de gloria dio paso al Ángel que habría de anunciar el cambio de los tiempos.

Nadie sabe cómo sucedió en realidad pero algo turbó la alegría de esta mujer, algo que nadie en aquel rincón del mundo podría creer a pesar de que durante siglos, todo el pueblo de Israel había soñado la llegada del Mesías.

Todos esperaban algo prodigioso y sucedió, pero no con grandes signos, no con espectaculares señales, no con zarzas ardientes, ni con plagas, ni con murallas que se derrumban al son de las trompetas. Dios se asomaba a su pueblo y como animal poderoso que acaricia a sus retoños con el temor de herirlos se declaraba a esta niña de ojos suaves.

En el silencioso tedio de aquella aldea una nueva alianza se forjaba, una nueva forma de entender a Dios y al hombre. El alfa y la omega, el principio y el fin, Aquel que Es, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, cuyo nombre no podía ser nombrado se acercaba prendado de la belleza de aquella mujer, con los ojos bajos, temeroso, sí, temeroso de que un no de María diera al traste con todo un plan de salvación para el hombre.

Fue quizá un segundo, el tiempo en que la ola tarda en desaparecer por entre la arena de la playa, pero en ese instante todo el Universo estuvo pendiente del sí de esta mujer, todo el Universo se paró ante Ella, todo el Universo giró alrededor de las sienes suaves de la mujer de Nazaret, todo el Universo esperó que sus labios se abrieran, que sus ojos se elevaran para mirar cara a cara a aquel Dios que por un segundo, por una vez en la Historia de la Creación, tuvo miedo.

Miedo de la libertad, miedo de no poder contar con Ella, miedo a que esos ojos entornados se levantaran indecisos, intranquilos, inseguros.



Entrad en las celdas florentinas de San Marcos y respirad el ambiente de dulzura de la escena que nos dejó Fra Angelico, o mejor miradla a Ella, a vuestra, a nuestra Madre y Señora de la Encarnación. Está justo en ese segundo, en ese instante. Es la arena de la playa sobre la que han caído las palabras del ángel, y antes de que las aguas se pierdan irremediablemente en lo oscuro de lo desconocido ha bajado la cabeza y piensa, medita si cambiar su vida o no.

Sí, es lo que estaba esperando, pero sabe que ya nada será igual. Para empezar este no es el Dios del que tanto le han hablado. Se acerca cual enamorado, como niebla espesa que rodea y que apenas toca los cabellos.

Ella baja la cabeza y piensa, medita. ¿Qué dirán sus vecinas? ¿Caerá sobre ella el castigo de las adúlteras, la lapidación? ¿Está preparada para cambiar su vida? Para sufrir, porque sabe ya desde lo más profundo que siete espadas traspasarán su corazón. ¿Qué le dirá a José, qué le contará a sus padres? ¿Cómo saber, cómo entender? ¿Qué hacer?

Y sin embargo su vientre palpitará con la grandeza de Dios, sus entrañas se llenarán de Dios, escuchará el latido del amor de Dios, abrazará a Dios, le amamantará con la leche de sus pechos, podrá acariciarle los cabellos, besar sus mejillas, abrazarle, incluso... reñirle cuando se prepare para alguna travesura.

Ella será la única que verá a Dios correr, y rezar, y crecer. La única que sabrá que en sus manos se hallará la misericordia hecha carne humana, la única que sin duda posible hasta la Resurrección podrá mirar cara a cara los ojos de Dios sabiendo que ambos guardan el gran secreto de la Redención.

Y Dios mientras esperando, y el Universo mudo, y Ella sigue con la vista entornada, guardando las palomas de sus ojos profundos entre la cárcel oscura de sus oscuras pestañas. Sólo la alfombra de jacintos puede traspasarlas, sólo ellos contemplan ahora el brillo de sus pupilas empañadas por el misterio, sólo ellos, hijos de sus manos, guardarán para siempre el secreto de ese segundo, de ese instante único en el que, parado el Universo, Dios sintió miedo.

Desde entonces, para recordar ese segundo por los siglos de los siglos, cientos de jacintos blancos se arraciman bajo los ojos parados para siempre de aquella niña. Desde entonces, cientos de corazones son testigos del gran secreto del segundo de la Historia; y se para el Universo el Martes Santo, y



el sol intenta inclinar sus rayos para verla, y el aire doblar la esquina, y los vencejos se asoman cotillas cuando el revuelo de capirotos morados va llegando como el reguero del agua hasta los muros de San Benito.

Desde entonces la Calzada es fuente de Nazaret y Sevilla un ángel y la música es el aire de aquella mañana suave, y el palio la esperanza que envuelve la palabra, y la cofradía sendero por donde transita la alegría, y las capas jazmines perfumados y los corazones de los nazarenos tapias encaladas que envuelven el secreto, y las estrellas los ojos de quienes esperan.

Es Martes Santo en la Calzada, el gran capataz del cielo pregunta y Ella medita. Los cuatro zancos al suelo, las bambalinas quedan quietas, la llama del cirio, presa impávida, cesa su palpar; se hizo la quietud y el silencio, es un segundo, sólo un segundo de la historia que cada año se repite en San Benito. Miles de almas pendientes, ahora sí, Ella está dispuesta, pues ahora sí, hágase Dios carne de nuestra carne y digan las generaciones venideras, hasta el fin de los tiempos, bendita sea tu pureza.



3.- Cuando la palabra cambió la Historia

Y entonces el temblor de unos labios que dan el sí. Un sí seguro, fuerte como brazos en el Gólgota recogiendo al Hijo muerto, rotundo como la noche de la verdad y los silencios.

En el principio estuvo la palabra y en el quicio de la historia es también la palabra la que compromete, la que interroga, la que fía su futuro a los designios de Dios, la que abre las puertas de una larga, larguísima estación de penitencia de treinta y tres años con sus preocupaciones e intranquilidades, con sus luces y sus sombras, con sus gozos y sus desasosiegos.

Una estación de penitencia con horas marcadas, con una cruz siempre abriendo el camino, con claridades de mediodía y sombras de madrugadas. Habrá lugares con multitudes aclamando al paso de la cofradía y calles solitarias; plazas donde el frío aire de la primavera se clave en las entrañas y estrechos caminos donde el calor de los corazones se funda con las lágrimas de la cera.

Una estación de penitencia con un solo protagonista, Aquel que desde este instante ha comenzado a forjarse en sus entrañas. La Virgen de la Encarnación ha tomado en sus manos la túnica y, una vez apretado el cingulo, se pierde entre las páginas de la historia de su Hijo.

Sólo unos retazos para comprender que Ella está siempre detrás, siempre al final de la cofradía, oculta pero siempre presente, siempre atenta. Cuantos forman la larga fila de los amigos, de los nazarenos, apenas la miran; pocas son las ocasiones en que pueden volver la mirada y disfrutar de su belleza, de su saber estar.

Sólo podrán comprobar el brillo de sus ojos la suave tersura de su piel, en este inicio de claridades y estrellas, de ángeles y magos, de fiesta y alegría; sólo al llegar a la carrera oficial, pidiendo al Hijo que se haga presente ante todos, podrán comprobar su misericordia; sólo en el cansancio de una noche oscura de llantos y miedos, de calles amargas de amargura sabrán de su fortaleza.

El temblor de unos labios han dicho un sí que quedará marcado en la Historia de la Humanidad. Y pudiendo y queriendo Dios, Ella será Virgen



y Madre; con la delicadeza con la que el pétalo caído besa la tierra, con la elegancia con la que el ciprés dirige la mágica sinfonía de los suspiros, con la gracia con la que la cierva trisca sobre la retama.

Dios está ahí, en este vivo sagrario de silencios y caricias. Guardado, escondido. Sólo unos cuantos acercarán el oído en este primer momento para intentar escuchar su latido, sólo unos pocos rodearán con temor el vientre hinchado de María acariciando su presencia, sólo algunos cruzarán la reja de esta Capilla Sacramental para orar, para rendirse al Misterio, para acompañar y sentirse acompañados.

Dios está ahí, fruto bendito del vientre de la mujer que esperaban los siglos, pero también fruto de la palabra, fruto del sí libre a Dios, fruto de la entrega, de la fe, de la disponibilidad.

Y será cuna de presagios un palio mecido en la nana del sonido intangible del Universo, sonajero vibrante los borlones, reja protectora los varaes, música suave las caricias de luz de los altos tubos del órgano de la candelería, manos recias de costaleros creando el compás del sueño en un camino siempre de frente.

Sonó el sí, sonó la palabra de esta mujer, apenas una brizna de hierba en la estepa, pero... ¿y la nuestra? ¿y la palabra del cofrade de San Benito? ¿Se escucha en medio de los hombres y mujeres de nuestro tiempo o, por el contrario, queda oculta bajo el antifaz de terciopelo?

Dónde está el sí de los miles de cofrades, dónde la denuncia de las injusticias, dónde la palabra de consuelo, dónde el mostrar a Dios en nuestra vida, dónde dar muestra de nuestra pertenencia, no a una institución cultural, sino a parte de la Iglesia.

Quizás quedó apagada, ensombrecida por los sonidos de las cornetas que nos envuelven en lo bello, o por el ruido de la multitud que agosta y cansa la lengua, o por el volteo de las campanas que nos embute en la autocomplacencia.

Dónde está la disponibilidad de los miles de cofrades, dónde la entrega, dónde la humildad. En qué lugar de nuestras hermandades ha quedado la discreción y la ternura, la compasión y la misericordia, la sencillez y la naturalidad, el abrazo de hermano.



Dónde la inteligencia para reconocer cuándo es necesaria la palabra, la acción y el compromiso y cuándo el silencio la comprensión y la reserva.

Ella, sólo Ella ha dicho el sí crucial haciendo girar el gozne del universo en un laberinto de Misterios. Ella, sólo Ella ha abierto la puerta de nuestra casa a Dios, ha preparado la mesa para que se siente a nuestro lado, hermano con hermano, y así podamos verlo, no de forma nueva, sino en su esencia, en lo que es en sí mismo, amor de los amores, amor mismo entregado y presentado por nosotros, sangre de Dios rodando por los nudos del madero.

Ahora sí, terminó el segundo de silencios y el Universo vuelve a girar en un equilibrio cósmico que ha estado pendiente de la tierra donde Dios ha querido plantar su semilla, del surco arado y abonado con la sabiduría de los siglos, de la perfección hecha mujer porque, aún estando predestinada desde el principio, ha sido desde su radical libertad humana desde donde se ha predispuesto al servicio, a la entrega, también al sufrimiento.

Ahora sí, terminó el segundo de silencios, de dudas, de quietudes, Ella abrió sus labios y dio el sí que esperaban todas las generaciones, y entonces ya no será al cielo adonde iremos con Ella cuando el Padre toque el llamador, sino que bajará hasta nosotros, como entonces, como ahora, cercana, eternamente bella. Y aleteará el palio sobre el aire, y tremolará la candelería con el chisporroteo de la cera, y será en San Benito, y será en Martes Santo cuando vivamos, ahora sí, el misterio de una Encarnación de esperanza.



4.- Cuando el Espíritu se asomó al mundo

El sí se ha enredado entre las varetas del viejo jazmín de aquella fuente. Ha pasado el momento de angustia de la duda, el instante de felicidad de la determinación. El silencio ha vuelto a adueñarse de la casa de Nazaret.

María es ya la bienaventurada, lo ha sido desde el primer instante de su ser, desde el inicio de los tiempos. Con la cabeza baja desanda el camino que le llevó al rincón donde se postró ante Dios.

De pronto un escalofrío le recorre el cuerpo; tras el calor del abrazo divino, de la caricia de Dios en su seno, todo se convierte en un vértigo imparable, en preguntas hilvanadas al hilo de los pasos que la conducen hacia la limpia habitación.

Se ha sentado sobre la esterilla perfectamente estirada en el suelo porque sólo los ricos pueden permitirse tener sillas; la cabeza baja. Ahora la pregunta no es cómo ocurrirá, ya sabe que ha sido, lo siente palpar en sus entrañas. La pregunta es si Ella, la hija sencilla y humilde de Joaquín y Ana, sabrá estar a la altura, tendrá las fuerzas suficientes para el futuro que ha aceptado asumir.

Todo lo ha confiado en Dios, pero no es de Él de quien duda sino de Ella misma. Ha sentido traspasar su corazón por siete puñales fríos y ahora nota cómo tres cabezas de alfileres de nácar resbalan por sus mejillas, aún sonrosadas por la declaración enamorada del Yahvé de la Historia.

Está hermosa, es hermosa, tal y como proclama el Cantar de los Cantares

(Es) Tu cuello, como torre de marfil.
Tus ojos, las piscinas de Jesbon,
junto a la puerta de Bat Rabbim.
Tu nariz, como la torre del Líbano,
centinela que mira hacia Damasco.
Tu cabeza sobre ti, como el Carmelo,
Y tu melena, como la púrpura;
¡un rey en esas trenzas está preso!

Un rayo de sol que penetra por la ventana barniza con el almizcle del viento del desierto las negras cataratas de su pelo que se escapan de la toca



hebrea que le cubre la cabeza. El aire se hace transparente en las pequeñas partículas que, juguetonas, parecen no darse cuenta de la trascendencia de la escena mientras bailan en la orfebrería dorada de la mañana.

De pronto cae en la cuenta, Dios le ha pedido mucho pero también la ha colmado de fuerza, de empuje, de valentía. Sabe que el Espíritu que ha descendido sobre su corazón no es un hecho abstracto, una entelequia teológica como la que tantas veces ha escuchado a los rabinos.

Se mira las manos y contempla unos dedos poderosos capaces de guiar los pasos de aquel Niño Dios que ya crece dentro de Ella. Mira por el ventanal y al cerciorarse de la lengua de fuego que cruza la habitación lo sabe; es como el viento que arrebató los primogénitos de Egipto, como el ordenado caos que hace que las estaciones del año se sucedan.

Lo sabe; por fin lo sabe. La sombra del Espíritu de Dios la mantendrá día a día hasta la gloriosa mañana de la Resurrección. Él será maná en el desierto, arroyo que calme su sed de ausencias cuando llegue el momento de la partida, cayado recio que la sostenga en pie ante el sufrimiento de la Cruz.

Él, el Espíritu de Dios, la dotará de la Gracia necesaria para interceder ante el Hijo y ser así Amparo de los hombres. Él, el Espíritu de Dios la convertirá en huerto cerrado donde encuentren refugio los Desamparados. Él, el espíritu de Dios, la hará resplandecer sobre todos los astros como Candelaria refulgente en la noche. Él, el Espíritu de Dios, proclamará su Dulce Nombre en los labios de todas las generaciones venideras, y sobre todo, el Espíritu de Dios será consuelo en la Angustia y bálsamo para sus Dolores.

Ese Espíritu sigue soplando hoy y aquí. Joven, entusiasmado, nutriendo de ilusión los sonidos de las cornetas y los parches maltratados de los tambores. Vosotros jóvenes de San Benito debéis saberlo. Con Él todo lo podemos, junto a Él no habrá estación de penitencia larga, ni pesará el cansancio, ni el frío de la madrugada. Junto a Él nada tememos, porque su vara y su cayado nos sostienen y tras el cansancio en la cintura, nos hará reposar en verdes praderas.

Lo supieron muy bien cuantos creyeron en la Hermandad de San Benito, cuantos apostaron por hacer de ella una Corporación grande, pujante, hermosa y viva, cuantos hermanos permanecen vivos en la memoria de



estos muros, en cada voluta de plata de los varales, en cada recoveco de la madera tallada de los canastos.

Los sentimos cerca, muy cerca, hoy que Ella se ha acercado hasta nosotros.

Nada más entrar por el gran portalón de madera, a mano izquierda, está Luis. No hace falta buscar en la amplia nave porque alrededor de la mesa ha quedado una espesa capa de niebla blanca formada por el humo de los cigarrillos consumidos al calor de la conversación.

Allí están todos; Antonio, Pepe, Manolo Ponce. La discusión ha derivado hacia aspectos intrascendentes (como casi siempre), pero que revisten la mayor importancia para que todo siga el camino que se han marcado.

La Cofradía ya está hecha, corta en seco Manolo Ponce. Nos ha costado nuestros sudores, pero ya sólo podemos anhelar terminar algunos detalles. Ahora hay que trabajar para hacer Hermandad. Un SEAT mil quinientos negro atraviesa el portalón y para bajo las cubiertas metálicas de aquel destartado edificio al que nadie sabe que le quedan escasos años de vida.

Una figura solemne, se cuele por la puerta de cristales traslucidos. Todos se levantan en señal de respeto. Con el solideo guardado en el bolsillo y la amplia capa negra que lo envuelve apenas puede reconocerse al Cardenal Bueno Monreal.

En este particular e imaginario cabildo todos se asombran, se apresuran a cederle la presidencia. Don José María va al grano, con la sonrisa permanente dibujada en el círculo perfecto de su rostro no busca como otras veces elipses y metáforas:

“Mirad chicos, habéis logrado una Hermandad preciosa. El párroco está muy contento con vosotros; los cultos, a los que asisto casi todos los años, son espléndidos, hasta os habéis adelantado a lo que será el futuro con actuaciones solidarias dignas de elogio. La Hermandad de Donantes de Sangre no sabe cómo agradecer lo mucho que les habéis ayudado, y las Hermanitas de los Pobres se deshacen en alabanzas hacia vosotros.

Por eso he pensado, y quería decíroslo personalmente, que la corona que sé que estáis haciendo para la Santísima Virgen, se la impondré yo mismo, pero ha de ser ante los ancianos”.



Todos se miran estupefactos, nadie sabe cómo responder y sólo unas certeras palabras de agradecimiento salen de la garganta de Manolo Ponce que, bullidor como siempre, ya no ve sólo una imposición, sino que sueña con una coronación canónica.

El Cardenal Bueno Monreal ha visto el brillo de sus ojos y lanza una sonrisa franca. Toca ligeramente el hombro de aquel cofrade de estirpe y, sin añadir más le dice; “a su tiempo Manolo, a su tiempo”.

Ninguno de los dos disfrutó del momento, ninguno de los dos pudo asistir en la tierra al cúlmen de las aspiraciones de toda una Cofradía. Fue otro obispo, otros cofrades, quienes fieles a aquel sueño nos regalaron la alegría de aquella mañana en que el Espíritu Santo coronó de gloria a quien no la necesitaba. ¿Fueron otros? No, porque fue la Hermandad. Cumplidos todos los trámites, sí; en las manos de nuestro obispo el cardenal Carlos, sí; pero fueron todos los cofrades de San Benito, aquellos trianeros de pretéritos siglos y los recién nacidos; toda la Hermandad, quien, con la fuerza del Espíritu colocó ante la ciudad su empeño, su creencia, su amor por ti.

Fue toda la Hermandad quien te coronó aquella mañana, no para que lucieras una alhaja más, no para engrandecer de riquezas tus sienes, sino para decirle a Sevilla y al mundo que tú, Señora de la Encarnación, eres en realidad nuestra Reina,
el orgullo de nuestra raza,
la princesa excelsa que nos tenía prometida los siglos,
la emperatriz sin igual que preside nuestras vidas,
la ajorca de oro que embellece a nuestra Iglesia,
el aire que nos da vida,
el ancla que amarra nuestra Fe,
la torre de marfil que nos cobija,
el arca que guarda nuestros secretos,
la estrella de la mañana que hace renacer la esperanza,
la puerta por la que asomarnos a la gloria,
tú la Reina de los Santos y de todos nosotros,
tú promesa cumplida, árbol de Gesé.
Sólo tú, madre de Dios, Reina de la familia, de los ancianos, de los débiles.
Sólo tú madre y señora de tus cofrades.
Sólo tú Reina de la Encarnación coronada.



5.- Cuando encontramos la casa común

Es ese mismo Espíritu quien plantó esta Iglesia. Con mano de jardinero que cuida su huerto se valió de unos monjes castellanos para preparar la tierra, para hacer el hueco donde pudieran crecer bien las raíces. Fue así, piedra sobre piedra, ladrillo a ladrillo como comenzaron a elevarse los muros hasta quedar anclados en mitad de la Calzada.

Fueron estos monjes quienes hicieron hablar por vez primera las lenguas bronceas de las campanas, ellos quienes llenaron las capillas de gregoriano y oraciones, ellos quienes se postraron primero ante sus devociones más queridas, árbol trasplantado desde el norte, leyenda repetida de apariciones en tierras áridas, Señora de Valvanera.

Me es imposible hablar en este templo sin compartir con vosotros el profundo cariño personal que me une a la Hermandad hermana, hacia sus cofrades. Me es imposible no recordar el renacer de la devoción. Cómo, cogidos de la mano, reiniciamos juntos el camino para devolver al barrio la presencia viva, sedente y bella de la Virgen de Valvanera.

Ella simboliza el tronco común de la Parroquia, la gran familia donde todos nos encontramos, donde todos celebramos, donde todos vivimos nuestra Fe. Desde distintos carismas, desde posiciones diversas que nunca deben ser motivo de división sino de enriquecimiento común.

La Parroquia es la gran madre que debe acoger, conciliar y aprovechar cuanto de bueno y útil puede aportar cada uno de sus miembros, complementando así una labor pastoral y catequética que es insustituible en nuestros días y cuya carencia en nuestras comunidades es, sin duda alguna, una de las causas del gravísimo y profundo alejamiento de los fieles de la vida de fe.

No es tiempo para caprichos de unos o de otros, hoy más que nunca se nos exige un esfuerzo para crecer en la unidad, para dejar a un lado todo aquello que sin ser fundamental en nuestro carisma pueda suponer un obstáculo para la unidad. Ni clérigos ni laicos podemos volver la vista atrás para buscar en el pasado modelos de relación caducos. Es necesaria la valentía de saber asumir las propias responsabilidades y también de saber renunciar a parcelas de decisión.



No es tiempo para esconderse bajo las sotanas virtuales de los sacerdotes ni para que éstos sigan pendientes de cuantas cuestiones deberían ser gestionadas por los laicos. Se espera de los párrocos, de los hombres consagrados una atención preferente a la liturgia, al culto y a las personas. Se espera de los laicos compromisos permanentes de cooperación en la vida de la parroquia, en la liturgia, en la catequesis, en la caridad.

Y todo ello con un solo signo fundamental, el de la unidad. Si algo nos separa, si algo nos enfrenta, será mejor dejarlo en la cuneta y no tocarlo, antes que ser testimonio antievangélico de desunión. Si algo nos molesta, si algo no entendemos, mejor será rendirnos de rodillas ante el Sagrario para que sea el Señor quien nos dé las luces necesarias para no caer en el gran pecado del escándalo y la desunión.

Esta casa sencilla donde nos encontramos a la Virgen de la Encarnación es la primera parroquia, el primer lugar donde peregrinan las vecinas para alegrarse con la familia, la primera comunidad de comprensión y caridad en la aceptación de José, el primer grupo de oración, la primera iglesia doméstica para compartir la pobreza y el trabajo, la primera capilla sacramental.

¡Ay el Sacramento! Cuánto nos queda por trabajar para hacerlo presente, para hacer entender la grandeza del Amor de Dios que se nos hace realidad en el Sagrario. No puede ser un título, no un lugar apenas visitado, sino el verdadero corazón de la Parroquia, el verdadero centro de la Hermandad.

No podemos conformarnos con una liturgia perfectamente desarrollada si el Señor sigue estando solo el resto del año. No podemos sentirnos orgullosos de la Hermandad si el Hermano Mayor, Jesucristo, permanece solo. No podemos estar satisfechos de la estación de penitencia si el verdadero Dios, realmente presente y de manera definitiva en la Eucaristía, no recibe la misma atención que a su llegada en Belén.

Porque sin Él fracasarán nuestros esfuerzos, sin Él sucumben nuestras ilusiones, sin Él todo lo que hagamos no pasará de ser obra de los hombres. Por el contrario, con Él todo se transforma en ese amor inagotable, como se transformó María aquella mañana dejando la niñez a un lado para convertirse en mujer.



6.- Cuando Dios sale al balcón del mundo

Antonio sabe que es un día especial, desde por la mañana hay algo de nerviosismo en las blancas manos que lo cuidan y un sonido extraño, superior al de otros días, llega desde la ancha avenida. Nadie lo sabe, pero a fuerza de ver pasar el tiempo ha aprendido a distinguir los más mínimos ruidos; ahora ya sabe diferenciar por el retumbo de los pasos, si quien se acerca es Sor María Dolores o Sor XX; la llegada de la muerte la conoce por el crepitar de las ruedas del coche negro de ojos transparentes; la primavera por el canto de los polluelos de vencejos que anidan bajo alguna cornisa de la residencia.

Lleva aquí tantos años que cuanto sucede se entrelaza con ciclos periódicos inalterables; las visitas de la familia, la variación de las sombras en la soleada terraza, la aparición de las primeras rosas en el jardín, las fiestas, los sueños, las soledades...

También esta mañana cumple su ritual. Desde la lejanía ha visto llegar pequeñas furgonetas blancas de cuernos amarillos, unicornios imprescindibles de nuestro tiempo, de cuyo vientre han comenzado a salir cables y micrófonos. Coches oficiales, atascos, ternos azules y grises de hombres a los que ve habitualmente.

Se mira el dorso de las manos y dice para sí mismo, lo conseguiste, otro año más. Entre los nervios huesudos y lo huesos reducidos a nervios, contempla un desierto arrugado salpicado de gotas de miel, y recuerda cuando esos dedos eran capaces de agarrar un mundo y de sentir la vida a través de la piel de su compañera, de su amiga, de su amada, que hace tanto tiempo se perdió entre las brumas de la muerte.

La ve contenta avanzar con diligencia hacia la torre algo descalichada de San Benito.

- “Vamos Antonio, que es el primer año que la Virgen de la Encarnación sale con San Juan y no quiero perdérmelo”.

Las casas son bajas, hace calor, la subida del puente hace que la respiración brote sofocada. Apenas dos filas de espectadores marcan los límites por donde, ordenadamente, avanza la cofradía. Mira a los nazarenos e instintivamente se acaricia los riñones, maltratados por su estación de



penitencia de ayer, cuando también él se enfundó en el anonimato de la túnica.

Ahora, sentado en la silla de galería se despista al ver pasar un hábito blanco. Cuando despierta del sueño se da cuenta de que se ha incorporado y sus manos se encuentran en la misma posición que aquel Martes Santo.

Echa de menos los olores; el de los azahares de los naranjos de su barrio, el del pañuelo almidonado cosido por dentro del antifaz, la tela de la túnica, el esparto...

Sí definitivamente quizá sea hoy el día que hace girar el paso de los años en su calendario particular. Antonio suspira, otro Martes Santo.

La suposición se vuelve certeza cuando ha vislumbrado la primera capa al viento; “aún es temprano, piensa, ese debe ser diputado de algo”. A partir de aquí todo se sucede invariablemente, la parsimoniosa levedad del ser, del existir diario, se transforma en un incesante trajín de sillas, de frases de las hermanas instando a todos a acabar pronto el almuerzo, de risas y sonrisas, de ilusiones (sí también aquí ilusiones) y lágrimas, de recuerdos y tristezas. Ya sabe que es Martes Santo y que pronto, muy pronto, Dios se asomará al balcón del mundo.

Los brazos recogidos, la vista baja. Como bajos están los párpados del Cristo de la Sangre. Pareciera como si Dios hubiera aprendido tan bien la lección de María, que no es la Madre quien recoge las enseñanzas del Hijo, sino que Dios mismo, como cualquier joven, adoptara las posturas de la Madre.

Baja Dios la mirada y es el mismo gesto que aquel primer encuentro de la Virgen de la Encarnación con el ángel. Discreto, sincero, humilde, sin necesidad de defensa, en silencio porque todo se ha puesto en manos del Padre.

Las palabras casi se repiten de la misma forma: “hágase en mí según tu palabra”; Padre “no sea como yo quiero, sino como quieres tú”. Entre ambas toda una vida que enlaza Nazaret con Jerusalén.

No se ve a María, pero la Virgen está presente, recuerda muy bien, como si fuera ayer, el momento del gran silencio en la fuente, pero ahora el



Universo no parece tener interés más que en continuar su curso, en acelerar su paso para que pase pronto el cáliz del martirio de Jesús.

“Aquí está el hombre”, las dudas, las cavilaciones, los intereses de quien no quiere ver sus manos manchadas con la sangre de este justo. Dice Martín Descalzo que “La pasión de Cristo es como un resumen de la humanidad entera, con sus vicios y virtudes (...) En Pilato está la cobardía, la estupidez, las medias posturas. Cada uno lucha por sus propios intereses y trata de salvar lo mejor posible las apariencias y mantenerse dentro de la legalidad. Todos intentan cargar sobre otras espaldas la responsabilidad de la decisión final. Más que a un proceso asistimos a una maraña de argucias, a un peloteo de razones...”

“Aquí está el hombre”. ¿No es acaso el mismo sentido de la frase de Nazaret? Te entrego a Dios hecho hombre, María. Los gritos de la multitud se suceden. No fue hace dos mil años, somos nosotros mismos quienes miramos hacia aquel balcón de la torre Antonia en este Martes Santo. ¿Para quién pedimos gracia, para Jesús o para Barrabás? ¿Para quién es nuestra misericordia, para el pobre humillado, azotado por las lacras de nuestro tiempo o para el orgulloso detentador de las simpatías manipuladas del pueblo?

Antonio clava sus ojos en los brazos cerrados del Señor de la Presentación. No le gustan las muñecas atadas de Cristo, prefiere ver a Dios libre de los engaños. Es más nunca le importaron las señales del martirio, al fin y al cabo todo debía suceder para que se cumplieran las Escrituras. Pero lo que no puede soportar es la traición a Jesús, las burlas, la negación, la manipulación de Dios.

Nuestro hombre se ha puesto en pie para poder contemplar bien la llegada solemne del paso de la Presentación. Piensa en las largas horas de la alborada del Viernes, en los azotes, en la corona de espinas, en los clavos traspasando las manos, en los intentos angustiosos de Pilato por salvar a este hombre que ha turbado los sueños de su mujer Prócula.

Ibis ad crucem, irás a la cruz. Esa es la terrible sentencia que retumbará sobre las inmensas losas del Pretorio. “Soy inocente de la sangre de este justo, vosotros responderéis de ella”.

Y la sangre del justo se vertió copiosamente por las calles de Jerusalén, por los caminos empedrados que se dirigen al Gólgota. Fue su sangre la que



nos liberó, la que descendió desde el madero de la cruz, fundido con aquel cuerpo flagelado, traspasado, humillado.

Eran las tres de la tarde y en el Templo comenzaban las ceremonias que preludiaban la Pascua. Daniel-Rops lo describe con singular fidelidad. “Tres toques de las trompetas sagradas; uno breve, uno prolongado, otro breve; el Sumo Sacerdote subía las gradas con capa azul; oíase el son de una flauta ante el altar de los sacrificios”.

Todo está consumado. El cordero ha sido inmolado. Retumbarán en el mundo las palabras del Salmo 36 “Entre tus manos encomiendo mi espíritu, oh Eterno, oh Dios de verdad, puesto que tú me redimiste..”

Por las mejillas de Antonio resbala, casi imperceptible, un ligero brillo acuoso. Desde hace mucho siempre piensa lo mismo cuando llega este momento, que los brazos abiertos de este Cristo son una invitación, una llamada. Los mira y los siente acordonando su pecho. Sabe muy bien que no tardará, que no puede tardar el momento en que contemplará a este mismo Cristo en Majestad. El médico ya le ha dicho más de una vez que, hombre, con su edad...

Y vuelve a suceder lo mismo. Dios baja la cabeza, todo se ha consumado, ahora puede descansar tranquilo. Ahora es Él quien controla los acontecimientos, ya nada depende de los hombres. Como primer signo la naturaleza se hace cómplice del poder de Dios y el velo del templo, esas grandes cortinas que preservaban el Santo de las miradas del pueblo de Israel, se ha rasgado en dos.

Los judíos que salmodiaban la Hallel no saben, no relacionan la verdadera trascendencia de este hecho con el drama del Calvario. A partir de ahora Dios no estará jamás oculto. Si las palabras de María en Nazaret suponen el gozne donde gira la Historia, el rompimiento de este velo que sólo permite a unos cuantos elegidos conocer a Dios, abre definitivamente la percepción de la divinidad a toda la humanidad y llega hasta nuestros días para interrogarnos sobre nuestra propia responsabilidad.

Porque la ruptura es definitiva, total, absoluta. A nadie se nos está permitido hoy esconder a Dios tras velos de misterio, no podemos encerrar a Jesús entre los muros de los templos como pretenden algunos. Muy al contrario hay que sacar a Dios a las calles, mejor dicho, salir con Dios a las calles, sentirnos acompañados por Él en nuestro trabajo, en nuestra familia,



por supuesto en la vida de Hermandad. Pensar, como piensa ahora Antonio, que siempre está a nuestro lado, trasminando su presencia en nuestras obras, compartiéndolo con nuestras manos, ofreciéndolo con generosidad a cuantos sienten el deseo de conocerlo.

Dios se ha asomado al balcón del mundo y ha abierto sus brazos acogiéndonos a todos, absolutamente a todos; a los que creen y a los que dudan, a quienes le aceptan y a quienes lo ven pasar de soslayo. Antonio vuelve lentamente a la rutina de la residencia. Reflexiona sobre la larga fila de vidas que, como una estación de penitencia paralela, encaran despaciosamente la fachada de altos arcos rojizos. Vuelven con una sonrisa en los labios, con la esperanza en la mirada, con la satisfacción en el corazón.

Hoy han vuelto a ver al mismo Dios de su infancia, de aquellas primeras comuniones lejanas y blancas. Han vuelto a disfrutar del mismo Dios que buscaban en su juventud entre risas y juegos. Han vuelto a contemplar al Dios con el que se enfrentaron en los problemas, en la enfermedad. Se han vuelto a entregar al Dios sereno de la vejez y han contemplado su belleza, aun en la Cruz, aun sin vida. Él, aquella pequeña brizna de humanidad de Nazaret es ahora semilla hecha promesa de Resurrección.

Se alejan los sonidos cadenciosos de las cornetas hirientes, la sangre de Dios ha dejado su reguero en la Calzada. Muere Dios y vive el hombre, cierra Dios sus ojos, baja la cabeza y el hombre la levanta para asegurarse su presencia en los ojos entornados de María.



7.- Cuando los ojos de la Virgen se abran.

Pero esos párpados no permanecerán así para siempre. Llegará el momento en que muy despacio, como despertándose del sueño de los tiempos, los ojos de la Virgen de la Encarnación se abran. Será un desperezo divino lleno de misterio. Para cada uno de nosotros se abrirán, cada uno de nosotros contemplaremos entonces la belleza plena de quien un día, quedó turbada por Dios en Triana.

La cárcel de sus párpados se abrirá y volarán las palomas de sus pupilas, redondas como el vientre preñado que acogió a Dios. No entornará sus ojos nunca más. Nos mirará de frente, y en ellos se clavará nuestra mirada.

Y llegado ese momento quedará muda nuestra lengua, parado nuestro corazón. Será cuando oigamos el estruendo de la sexta trompeta tocada por el ángel del Señor. Ella estará allí, vestida de sol, con la luna bajo sus pies; Ella pueblo de Dios, Iglesia, nos mirará fijamente, no hará falta que nada digamos, que nada argumentemos, porque en el brillo de nuestros ojos verá nuestras lágrimas, verá nuestra sonrisa, verá nuestro cansancio, verá nuestra constancia.

Y se rebelarán en las dos hermosas niñas de la Virgen las preguntas que tantas veces forjamos en nuestra vida; qué hicimos, qué dejamos de hacer. Y podremos ver, ahora sí, en el fondo de sus ojos, el Universo completo que quedó encerrado entre sus manos aquella mañana en la fuente de María. Y allí estaremos todos, en cumplimiento de la profecía de Sofonías “En aquel tiempo os haré venir, en aquel tiempo os congregaré. Entonces os daré renombre y alabanza entre todos los pueblos de la tierra, cuando yo vuelva a vuestros cautivos vuestros propios ojos, dice Yahvé”.

Allí nos encontraremos todos, cautivos, sí, pero de los ojos abiertos de la Virgen de la Encarnación. Allí estaremos todos, los hermanos que fueron y los que serán, Pepe Bergalí y Manolo Ponce, nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos.

Y Ella abrirá sus labios, y se secarán sus lágrimas, como secos están los muros horadados de los caños de Carmona, y en un Apocalipsis de gloria se abrirán las puertas de esta iglesia, árbol común hundido en la tierra, regado por cientos de miles de corazones blancos y morados cada Martes Santo.



Subirá la rampa y el árbol dará fruto, florecerá entre el sol el brote hermoso que los siglos mantuvieron guardado y Ella estará ante nosotros, clara como el cielo tras la lluvia, hermosa como almendro florecido, radiante como el lucero del alba.

Será entonces, sólo entonces, cuando ya no será necesaria la estación de penitencia, ni el cíngulo, ni el antifaz, ni la túnica, ni el costal ni el uniforme, ni el alba ni la dalmática. Allí estará la Hermandad entera, todos los cofrades en una unidad soñada, a los pies de la misma Virgen, alrededor de la misma Madre, absortos, consternados, comprobando que era verdad aquello que tantas veces cantamos; que en el cielo tan sólo te aman mejor.

Así lo esperamos Madre, así lo creemos y así lo confesamos cuantos hoy estamos aquí a tus plantas, esperando y clamando, ¡ven Señor Jesús!, pero ven con María. Así lo esperamos Madre, así lo creemos y así lo confesamos cuantos hoy estamos aquí, que un día se abrirán tus grandes ojos para que todos nos encontremos en ellos y podamos comprobar que la gracia del Señor Jesús está con todos nosotros. Amén.